

La falta de fe de aquellos años, hace titubear, de pronto, la posibilidad productiva. Esa falta de fe (y allí radica una parte de su drama interior) alterna en Banchs con una lucha entre la creencia y la incredulidad; y como si le reprochara al cielo tanto dolor, repite: "...yo nunca sembré en tan inconstante sitio nada más que miradas puras, que fueron escasamente remuneradas."

Presumiblemente, en la religión no encuentra respuesta a sus interrogantes. Bucea más hondo, va más allá de toda respuesta aceptable y prefiere buscarla y fundirse en un interrogante, antes que admitir lo que no ha probado en el ritmo de su sangre.

A los veinticuatro años, la soledad del poeta es terminante: tan sólo está el hombre; a su ser retraído no llega ni la palabra del amigo, ni la comprensión de la mujer, y junto con la ilusión de saberse propietario de estancias celestes, gusta la convicción de ser el único dueño de sus poesías. Sólo por su deseo éstas dejarán de pertenecerles; esa es toda su riqueza.

En un texto en prosa del año 1921, observa el autor de "El Espejo" "Por qué callan por siempre ciertos poetas — dicen algunos— si le dí más dolor, si le dimos, abundante, el alimento cruel de su lirismo? Sí; les disteis dolor, mas no acertasteis con "el punto"; no sabíais hasta dónde se puede herir sin matar."

Recuerda este pasaje aquellos versos de Darío, "De Otoño", donde en esencia asoma la misma respuesta, aunque el problema difiere:

Yo sé que hay quienes dicen por qué no
(canta ahora
con aquella locura armoniosa de antaño?
Esos no ven la obra profunda de la hora,
la labor del minuto y el prodigio del año.

Así, un excesivo dolor puede amortiguar una sensibilidad de rica apreciación, volver insensible al pecho más emotivo. Es necesario que ese dolor procure un descanso, con goces y júbilos renovadores, para que el hombre sienta alegría ante las pequeñas cosas; así también, en ese ocio productivo, el canto se asegura el gorjeo de los labios.

No hay duda de que la lucha —se lucha buscando respuestas y una perfección más accesible a nuestra condición humana— se cumple con sus interrogantes y se siente — eso, sobre todo, se siente. Ese sentir ya volverá, no con el ímpetu del instante que sucedió a la lucha, sí como el río que pasa cristalizado. Entonces el ser concentra su belleza y envuelve en verdes follajes y frescas metáforas la luz de la poesía que brota de aquel hecho. Esa es la poesía.

Repetimos con Darío: "No hay escuelas, hay poetas." La poesía es una y eterna y toda obra de creación se asocia a nuestro saber y discernimiento y se guía por la reflexión del hombre unificado con el artista. El sentimiento equilibrado con la lógica sirve de garantía a la poesía verdadera: "En cuanto a mi criterio literario, tengo una sorprendente despreocupación, y escribo según el ritmo de mi sangre y según el momento de mi carne. Esta es mi sola escuela literaria, pero es verdad que la asocio a mi cultura, que es realmente muy rica, aunque desordenada."

La poesía nace en la íntima substancia dada "en el ritmo de la sangre"; el

creador convierte en canto una misma idea tipificada por otros creadores, teniendo sólo de común con éstos, en la mayoría de los casos, la coordenada de la experiencia humana, en su sentido más estricto.

En suma, en esta carta a manera de confesión, Banchs sintetiza su poética vital y entrega su mundo ardiente y angustiado a la reflexión y a la espera del florecimiento —siempre posible— de "la estación del canto".

Nicolás Cócara

Neuquen 996 - San Isidro - F.N.B.M.

Rep. Argentina

Recorrido por las grandes capitales europeas

Escribe *Amalia de SOTELA*

(En Rep. Amer.)

Londres:

Londres me hizo siempre la impresión de una estampa de navidad: su arquitectura, sus calles, sus iglesias, la pintoresca casa de Dickens, sus árboles sin hojas por la inclemencia de la nieve que no obstante, en todo pone su toque de belleza; las aristas congeladas en los bordes de piedra de las casas ¡todo! era una estampa de Christmas.

El Hyde Park con sus grandes avenidas, que en días de la coronación fueron un triunfo de entusiasmo; ahora con su bosque en ramazón escuelta, es como me ha gustado verlo; resulta grandioso, imponente, a través de la desolada bruma nórdica.

La plaza Picadilly, con su fuente monumental en bronce, destacándose en lo más alto la estatua de Eros con el arco tendido; y sus calles adyacentes cuajadas de autobuses de alto piso en rojo brillante, como los uniformes de la Guardia Real, es, tal vez la más hermosa.

La Guardia Real de Londres es algo de lo más pintoresco y decorativo que tiene la gran urbe. El cambio de guardias nos tocó verlo al venir del Aeropuerto — el guía, muy simpático, corría solícito para informarse si llegábamos a tiempo de presenciar tan suntuoso espectáculo. Fue, como si para nosotros hubiera sido aquella exhibición, nos parecía verdadera suerte que se efectuara en el preciso momento de nuestra llegada.

Trafalgar Square, con su imponente columna en memoria de Nelson, con los cuatro gigantes leones simbólicos de las cuatro grandes batallas ganadas por el gran Almirante a los franceses, muerto en Trafalgar. Pero nada tan interesante como La Torre de Londres, don-

de estuvo prisionera la Reina Isabel primera, mortal enemiga de María Estuardo. Allí se exhiben las joyas de la Corona. El maravilloso diamante de las minas del Transvaal —el más grande que ha sido encontrado en la historia del planeta y obsequiado por esta colonia del Africa del Sur a la Corona de Inglaterra— medía, antes de ser pulido un decímetro de diámetro y su peso era de tres mil quilates. Una vez pulido extrajeron de él 9 enormes diamantes y más de un centenar de menor tamaño. El más grande y fabuloso luce en el centro y pesa 500 quilates; lo mismo que el de la Corona.

Estas ciudades europeas tienen todas su tradición y así como el Vaticano constituye una República libre en el centro de Roma, así, parte de la vasta área de Londres está organizada como un condado autónomo al que la Soberana de la Gran Bretaña debe solicitar permiso y han de serle entregadas las llaves para poder entrar al departamento o pasar por él.

La Catedral de San Pablo, donde se encuentra la tumba de Nelson, y las de varios reyes, es verdaderamente monumental; ocupa dos blocks, apenas pudo verse rápidamente. Es tanto lo que hay que ver sobre todo en Londres —que es una de las más grandes aglomeraciones urbanas del mundo. El comercio es intensísimo y los gigantes camiones se balancean cargados de unos y otros productos rumbo a los muelles, para la exportación.

El Museo Británico merece estudio separado. Allí las reproducciones de las ruinas de Copán nos trajeron evocación de nuestra tierra americana. Y la Abadía ¡solemne! en un silencio de siglos; todo lo que ahí existe parece que